


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita, dirs,
Nueva historia de las mujeres en la Argentina.
Volumen 2 (Buenos Aires: Prometeo, 2023).

Carlos César Petralanda

*Centro de Estudios Regionales-Departamento de Humanidades - Universidad Nacional
del Sur / CONICET*

carloscpetralanda@hotmail.com

Fecha de recepción: 18/05/2024

Fecha de aprobación: 4/06/2024

Los cuatro tomos de la *Nueva historia de las mujeres en la Argentina* dirigida por Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita expresan, a través del encuentro y diálogo de historiadoras de diferentes generaciones, la consolidación del campo de los estudios de género y las mujeres en la disciplina histórica. Dicha consolidación fue posible por la construcción sostenida de programas de estudio, la ampliación del sistema científico, la diversificación de las agendas de trabajo y la creación de redes y grupos de investigación. A pesar de estos sólidos pilares, esta ambiciosa iniciativa no renuncia a la renovación y promueve un proceso activo de revisión de preguntas, problemas, perspectivas, periodizaciones y escalas. Sumado a esto, el proyecto afronta el desafío de alcanzar a un público amplio y diverso.

Con el objetivo puesto en comprender las vidas y las experiencias sociales de diferentes mujeres argentinas —esclavas, asalariadas, campesinas, indígenas, migrantes, amas de casa— en la colección convergen y se tensan con la historia social del trabajo distintas perspectivas historiográficas como la historia del libro, de las derechas, de la vida cotidiana, de las prácticas de consumo, entre otras. Esta pluralidad de perspectivas comparte un trasfondo común, una concepción de la historia entendida como proceso abierto y contingente, a contrapelo de las grandes narrativas, que rechaza los esencialismos y las miradas teleológicas que conciben al tiempo como lineal, progresivo y evolutivo. Estas historias también nos advierten sobre los silencios, las exclusiones y las violencias propias de los archivos; por medio de la pregunta por lo no dicho, identifican opacidades y singularizan formas de habitar el mundo que fueron homogeneizadas e invisibilizadas.

Desde el punto de vista material y del estilo, los libros de la colección son sumamente atractivos. Los textos están escritos en un tono claro y armonioso, pero sin abandonar la complejidad de los procesos históricos y el rigor metodológico. La extensión de cada capítulo y su organización en subtítulos breves favorece la lectura fragmentaria en tiempos muertos. Cada capítulo parte de una historia singular, de una mujer con nombre propio, que ilustra las formas de vida, deseos, anhelos, estrategias y experiencias de otras mujeres que fueron sus contemporáneas. Finalmente, sobresale la articulación entre texto e imagen, la cual, por un lado, nos invita a imaginar y observar las expresiones, las apariencias, los movimientos y la experticia de las mujeres y, por el otro, da cuenta de la gran labor desarrollada en el archivo por las investigadoras y del cuidado en el trabajo editorial. Por todo esto, los textos de la colección resultan apropiados para ser leídos tanto en instancias educativas de diferentes niveles, en espacios de formación, en grupos de estudio y durante ratos de ocio.

En el segundo volumen, que aborda el período que se extiende desde finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, las historias son protagonizadas por cocineras, escritoras, viudas de ferroviarios, infantes y jóvenes colocadas, obreras fabriles y señoritas de la elite, antifascistas, prostitutas, maestras, enfermeras, trabajadoras domésticas, consumidoras, administrativas, cosecheras y espías peronistas. En términos territoriales, el libro nos invita a recorrer la geografía del país: Buenos Aires, Santa Fe, La Pampa, Tucumán y Salta son algunas de las provincias donde transcurren estas narrativas del pasado; pero, además, encontramos historias y testimonios de

ciudades y localidades más pequeñas como Rosario, Santa Rosa, Mar del Plata, Bahía Blanca, Tandil, Azul, entre otras. Las historias de estas mujeres son reconstruidas por Paula Caldo, Florencia D'Uva, Yolanda de Paz Trueba, Ludmila Schinkman, Laura Pasquali, Cristiana Schettini, María José Billorou, Ana Laura Martín, Karina Inés Ramacciotti, Inés Pérez, Rebekah Pite, Graciela Queirolo, Florencia Gutiérrez, Omar Acha y Carolina Barry.

El libro comienza con un texto de Paula Caldo que nos adentra en el mundo de la cocina. La mirada no se centra en la división tradicional de roles de género, sino en una práctica de escritura propia de las mujeres de entresiglos: los recetarios. Según la autora, estos libros, que aportaron a la conformación de la identidad nacional, tenían una serie de rasgos comunes: se producían a partir de apuntes cotidianos de cocina, implicaban un proceso de negociación entre mujeres, se publicaban bajo seudónimos y eran compilados o escritos por mujeres de edad adulta y viudas. Durante la elaboración de los recetarios, las mujeres podían ocupar diferentes papeles: apuntadoras, escritoras y cocineras; las diferencias y el reparto de funciones respondía a indicadores raciales y de clase. Sin embargo, teniendo en cuenta que las cocineras eran las mujeres que conocían el oficio y quienes mandaban en la cocina, muchas veces se producía una inversión en el rol de autoridad. Así, estos libros eran el resultado de un proceso de negociación, el cual muchas veces quedaba grabado con los nombres de pila de las cocineras en las recetas y, ocasionalmente, sobre todo cuando se trataba de mujeres de elite, con su nombre completo. Al subrayar la autoría real de las recetas, la autora revierte los signos de la violencia ejercida por las mujeres de la elite sobre las domésticas.

En su capítulo, Florencia D'Uva se pregunta por las redes de solidaridad y ayuda mutua que se tendieron en torno del mundo ferroviario en las primeras décadas del siglo XX. Las protagonistas del texto son viudas de trabajadores ferroviarios que, frente al fallecimiento de sus parejas, perdieron el principal sostén económico de sus familias. Ante esta situación, la autora identifica una serie de estrategias, prácticas y negociaciones impulsadas por estas mujeres para mejorar sus condiciones de vida y manutención. Entre ellas, menciona que requerían a las empresas ferroviarias indemnizaciones, subsidios o pensiones en carácter de resarcimiento por su pérdida, muchas veces por medio de demandas judiciales. Otra práctica extendida, según la investigación de la autora, era la solicitud del puesto de trabajo de sus maridos, pedido al cual las empresas solían acce-

der. Finalmente, estas mujeres solían recurrir a la solidaridad de la familia ferroviaria, estos gremios, movidos por la fraternidad, promovían distintas prácticas mutualistas: aportaban un socorro pecuniario, costeaban los gastos del velorio y entierro, recolectaban fondos para una vivienda y también brindaron acompañamiento emocional. En este punto, nos interesa resaltar la imagen que reconstruye D’Uva de estas mujeres: lejos de presentarlas como pasivas receptoras de ayudas, restituye su agencia y las muestra como activas gestoras del reconocimiento de sus derechos y productoras de sentidos de justicia y solidaridad.

El artículo de Yolanda de Paz Trueba aborda la vida de mujeres pobres y sus hijas e hijos que, debido a su situación económica, debieron ser depositadas/os en casas particulares o asilos de beneficencia. Estas colocaciones, según la autora, implicaban un proceso de negociación, donde las partes contratantes tenían una serie de expectativas. Por un lado, las madres esperaban que sus hijas e hijos recibieran ropa, techo, alimento, trabajo y una educación que las y los convirtiese en “personas de bien”. Quienes aceptaban las colocaciones esperaban, a cambio, que las y los jóvenes se comportaran de buena manera, que fueran disciplinadas/os, dóciles y a las mujeres, específicamente, les exigían un correcto comportamiento moral. Por otro lado, Paz Trueba advierte que, pese a que existía una relación laboral, las colocaciones no eran concebidas como un trabajo sino como una forma de asistencia. Y, aunque los guardadores no estaban obligados a otorgar un salario, en ocasiones las y los jóvenes recibían un peculio, el cual podrían reclamar cuando alcanzaban la mayoría de edad. Finalmente, el texto se detiene en las experiencias de las jóvenes colocadas, las cuales solían ver con buenos ojos su situación porque recibían vestimenta, alimento, formación, lo que les ofrecía una salida a situaciones de violencia familiar y la posibilidad de obtener un dinero en el futuro. No obstante, también existieron jóvenes que rechazaron su condición y encontraron en la fuga un mecanismo de resistencia.

El trabajo de Ludmila Scheinkman es protagonizado por señoritas de elite y obreras de fábrica. La autora problematiza el sentido común historiográfico que asocia a las trabajadoras y los trabajadores con la cultura de izquierda y, en cambio, analiza sus vínculos con la derecha nacionalista. Así, se adentra en un aspecto inexplorado de la Liga Patriótica: las escuelas para mujeres que crearon en distintas fábricas de la ciudad de Buenos Aires entre 1920 y 1930 como parte de una estrategia paternalista y pedagógica que buscaba adoctrinar y disciplinar a la clase obrera. Según la

autora, las empresas que solicitaron, alojaron y cofinanciaron estas escuelas en sus dominios eran de diferentes rubros; entre ellas destacaron: galletitas Bagley, dulces Noel, cigarrillos Piccardo, textiles como Mitau y Grether, Alpargatas, Campomar y Bunge y Born. En estas instituciones, las mujeres liguistas eran directoras o promotoras, porque la organización consideraba que la enseñanza era una actividad femenina, y las obreras ocupaban el rol de estudiantes. Scheinkman subraya que los programas no estaban orientados al crecimiento profesional, sino que estaban subordinados a fines políticos: incorporar la disciplina fabril, dar la batalla por el tiempo libre y enseñar a servir a Dios, a la patria y al hogar. En este punto, la autora busca restituir la agencia de las mujeres obreras y se pregunta por sus márgenes de autonomía. Para eso, revisa la imagen que sugiere una participación entusiasta y, en cambio, plantea un abanico de respuestas que incluye la adhesión activa, el rechazo enérgico y militante y también el uso pragmático en beneficio propio.

Laura Pasquali se adentra en las iniciativas asociativas que impulsaron las mujeres antifascistas santafesinas durante las décadas de 1930 y 1940. Pasquali sostiene que el antifascismo, especialmente desde la derrota del bando republicano en la Guerra Civil Española, emergió como un trampolín a la vida pública y política de las mujeres. La autora se centra así en las organizaciones que fomentaron las antifascistas, en sus prácticas de militancia y en los eslabonamientos intergeneracionales. Al respecto señala que el movimiento antifascista santafesino se conformó inicialmente con grupos vinculados a diferentes partidos políticos, como el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista y el Partido Comunista, ligado a este último destaca la Junta de la Victoria. En un segundo momento, surgieron nuevas asociaciones independientes como el Circulo Rosarino de Mujeres. Desde estos espacios se realizaron diferentes actividades como colectas de ropa y alimentos, dictado de conferencias y elaboración de comunicados y circulares. Asimismo, muchas militantes lograron viajar a España como traductoras, voluntarias y soldadas. Un aspecto interesante de la investigación es la imagen que construyeron los voceros de la derecha nacionalista de estas mujeres, las cuales aparecían en la lista roja de la prensa. Principalmente, se les reprochaba su internacionalismo, es decir, que se solidarizaran con los españoles y no con los niños hambrientos y adultos desocupados de Argentina.

Cristiana Schettini reconstruye una experiencia de trabajo sexual en la Buenos Aires de los años veinte: la historia de la polaca Raquel Liberman. Para esto toma distancia de la narrativa tra-

dicional, propia del siglo XX, según la cual una joven blanca viajaba al Río de la Plata engañada por un varón extranjero —mayormente judío— y terminaba siendo víctima de explotación sexual y laboral. En estos términos, fue interpretada la denuncia de Liberman contra la asociación de socorros mutuos Zwi Migdal; principalmente, debido a la reconstrucción que hizo el comisario Julio Alsogaray. Esta versión, cargada de silencios y contradicciones, estaba atravesada por la propia mirada de Alsogaray sobre el radicalismo —partido al que consideraba responsable de la proliferación de la prostitución—, por las disputas al interior de la corporación policíaca y su autoidentificación como paladín de la honestidad y la virilidad. En cambio, Schettini plantea una relectura de la historia de Raquel, centrada en su trayectoria, su experiencia migratoria, sus formas de ganar dinero y acumular riqueza y en sus estrategias de negociación con proxenetas. Esta interpretación parte de desconfiar de la literalidad de las versiones construidas, incluso, por la propia protagonista y de realizar una lectura a contrapelo de las fuentes, poniendo el foco en las acciones de Raquel Liberman. Además, la autora indaga en la relación entre prostitución, asociaciones de socorros mutuos y la heterogénea comunidad judía argentina, dando cuenta así de la intensa vida asociativa que atravesaba salones, sinagogas, cementerios y vínculos familiares, afectivos y religiosos.

El trabajo de María José Billorou aborda, por un lado, las trayectorias laborales y formativas de las maestras pampeanas entre los años 1900 y 1951 y, por otro lado, su inserción en la política en el marco del proceso de provincialización de La Pampa (1951), cuando muchas de ellas ocuparon cargos legislativos y como convencionales. La autora toma distancia de las explicaciones que señalan al peronismo como causa del acceso a cargos públicos por parte de mujeres y, en cambio, se centra en las formas en que estas mujeres construyeron poder. Billorou afirma que, a través del magisterio y a lo largo de su práctica profesional como maestras —rurales y de frontera— y como directivas en escuelas urbanas, obtuvieron conocimientos sobre el funcionamiento de la burocracia estatal, aprendieron a planificar, administrar y gestionar instituciones y servicios sociales y entablaron contactos estrechos con estudiantes, familias y comunidades. El manejo de estos saberes y competencias y el reconocimiento social que obtuvieron les otorgaron el capital simbólico necesario para adentrarse en la arena política.

Ana Laura Martín y Karina Inés Ramacciotti investigan en su capítulo el proceso de profesionalización de la enfermería durante la primera mitad del siglo XX, a partir de los testimonios

de mujeres que practicaron dicho oficio. Las autoras subrayan que hasta principio de los años cuarenta, la formación en la profesión no resultaba atractiva, por lo que en la práctica la ejercían mujeres sin diploma, llamadas empíricas. Asimismo, esta labor estaba orientada a funciones asistenciales, carecía de reconocimiento social y estaba mal remunerada. Sin embargo, a partir del peronismo, las autoras identifican una serie de transformaciones. Por un lado, la formación cobró un gran impulso por la creación de escuelas del Estado y de la Fundación Eva Perón y del carácter gratuito de la formación. Por otro lado, atravesó un proceso de modernización y especialización a partir de la revisión de sus programas de estudio. De ahí que las funciones que realizaban se diversificaron y orientaron hacia la atención de urgencias, la rehabilitación y la prevención. En este camino, las autoras señalan que el terremoto de San Juan de 1944 constituyó un momento decisivo, porque promovió la solidaridad, despertó la vocación y ocasionó oportunidades laborales. Así, la profesión fue ganando reconocimiento social, obteniendo mejores salarios y convirtiéndose en una opción para el desarrollo personal de las mujeres.

El texto de Inés Pérez y Rebekah Pite indaga las prácticas de consumo de las amas de casas entre 1928 y 1959. Las autoras entienden al consumo no solo como la acción de comprar, sino como una serie de operaciones: desear, adquirir, usar y desechar. Además incluyen en su análisis las expectativas y aspiraciones de las mujeres que no podían acceder a determinados bienes, identificando así al consumo como expresión de la desigualdad social. Pérez y Pite sostienen que consumir formaba parte de las labores y obligaciones de las mujeres y que, paradójicamente, aunque se las inducía a consumir, también se las criticaba porque este acto las distraía de sus responsabilidades domésticas. Asimismo, reconocen como nexo entre las amas de casas y el consumo a la figura de las ecónomas, mujeres que las empresas contrataban para promocionar sus productos, siendo la más célebre Doña Petrona. A través de libros de recetas, notas en revistas y programas de radio y televisión, las ecónomas mostraban cómo debía ser una ama de casa moderna, como debía cocinar y cómo debía verse su hogar. Estas imágenes eran muy atractivas para las mujeres, porque representaban símbolos de prestigio. Finalmente, las autoras analizan la promesa que los nuevos artefactos domésticos le hacían a las mujeres: la liberación de las pesadas tareas del hogar. Al respecto señalan que sus efectos fueron limitados, porque las nuevas tecnologías requerían nuevas

tareas y labores. En cambio, advierten que la principal transformación que introdujeron fue social: implicaron una marca de estatus y una distinción entre quienes podían acceder y quiénes no.

El capítulo de Graciela Queirolo trata sobre las trabajadoras del sector administrativo de la Buenos Aires de los años 1935-1955. Durante este período, el empleo administrativo ofrecía a las mujeres beneficios materiales y símbolos, porque implicaba ingresar a una profesión promovida por la capacitación técnica, obtener un salario e integrarse a nuevos espacios de sociabilidad. Estos beneficios, según la autora, distinguieron a las trabajadoras de escritorio de otras mujeres asalariadas como las costureras, domésticas, fabriles, telefonistas, cajeras y empleadas públicas. El manejo de técnicas comerciales se adquiría por medio de estudios, los cuales eran ofrecidos por diferentes instituciones. La más emblemática de ellas fue Academias Pitman, que ofrecía cursos de dactilografía, taquigrafía y teneduría de libros. Los mismos podían ser presenciales o por correspondencia, demandaban pocas horas de práctica, duraban unas semanas y eran certificados con un diploma. Además, a través de una operación simbólica y propagandística, Pitman ofrecía un camino al éxito, ya que prometía una rápida inserción laboral, movilidad ocupacional ascendente y el acceso a mejores salarios. Sin embargo, a pesar de obtener un empleo superior, Queirolo sostiene que las diplomadas estuvieron sujetas a condiciones de inequidad salarial con compañeros varones, debieron soportar situaciones de abuso de poder, agresiones verbales, físicas y sexuales y combinar su trabajo asalariado con el hogareño. Finalmente, la autora subraya que para muchas administrativas el trabajo constituyó una etapa transitoria de sus vidas, asociada a la soltería y la búsqueda de pareja, porque una vez que se casaban se dedicaban a las tareas domésticas abandonando su carrera profesional.

Florencia Gutiérrez recupera en su texto la historia de las trabajadoras del mundo azucarero tucumano durante los años del primer peronismo, 1943-1955. Para ello, se aleja de las interpretaciones historiográficas centradas en el ingenio —lugar del trabajo asalariado masculino— y, en cambio, pone el énfasis en la inserción de las mujeres, deteniéndose en sus vivencias, ocupaciones, sentidos de justicia y formas de acción colectiva. Al partir de una panorámica más amplia, Gutiérrez observa la representación espacial de las diferencias sociales: más cerca del ingenio se ubicaban las grandes casas de los propietarios, luego las viviendas de los empleados jerárquicos y técnicos, seguidas por las del personal administrativo y las de los trabajadores permanentes y, aún

más lejos, los ranchos de los peones temporarios. En este espacio jerarquizado, las mujeres oficiaban de domésticas y amas de llaves en las casas de propietarios y empleados de altos rangos; como maestras, enfermeras y parteras en las instituciones asistenciales empresarias (hospitales, salas de primeros auxilios, escuelas, comedores populares, entre otras); como cosedoras de bolsas en las fábricas; como zafreras durante la faena y como prostitutas en los burdeles. Finalmente, la autora se detiene en sus formas de lucha y señala que las mujeres tuvieron una participación activa en huelgas y ollas populares, denunciaron la situación en que vivían sus familias por medio de la prensa, enviaron petitorios para mejorar la infraestructura en sus pueblos al presidente Juan Domingo Perón e impulsaron demandas a la justicia laboral. La reconstrucción realizada por Gutiérrez no solo ilumina la agencia de las mujeres, sino que recupera el sentido colectivo de sus demandas, centradas en sus hogares y comunidades.

En su texto, Omar Acha analiza las representaciones en torno a las trabajadoras domésticas durante el primer peronismo desde una perspectiva que conjuga la mirada de clase con la de género. El autor señala que, a partir de la creación del Sindicato de Trabajadores de Casas Particulares y su identificación con el movimiento peronista, las domésticas obtuvieron una serie de derechos, como el aguinaldo, el franco semanal y el acceso a la demanda en el tribunal laboral. Además, el gobierno peronista les otorgó la posibilidad de enunciar las necesidades propias de su clase, sus trayectorias laborales y formular demandas para escapar de su condición de sirvientas. En contraposición a esta imagen de trabajadora dignificada, Acha identifica ciertas concepciones contemporáneas, según las cuales las domésticas eran vistas como deshonestas y amorales, acusadas de llevar una mala vida, de cometer delitos —pequeños hurtos, agresiones físicas a sus patrones, infanticidios, abortos— y de hacer circular rumores y maledicencias sobre la vida de sus empleadores. Además, subraya que el peronismo buscó crear una serie de representaciones que mitigaran y edulcoraran el desprecio entre las clases, como el discurso de “las dos madres”. Por último, problematiza la imagen estereotipada de los informes de los peritos policiales y psiquiátricos que describían a las jóvenes domésticas por su carácter altanero, sus malos modales, su color de piel y su contextura corporal. Así, alejándose de las representaciones que se construyeron sobre estas trabajadoras, Acha recupera sus vivencias, deseos y experiencias de clase.

El cierre del libro queda a cargo de Carolina Barry con su capítulo sobre las espías peronistas. El texto se adentra en un papel novedoso que ocuparon las mujeres durante el conflicto entre el peronismo y la Iglesia Católica a finales de 1954: el de vigilar, informar y delatar las actividades de obispos, párrocos, sacerdotes, monjas y otros religiosos que formarían parte del movimiento clerical antiperonista. La información recopilada, en ocasiones, era utilizada por el propio Perón para denunciar públicamente a los enemigos del movimiento. Este sistema de espionaje, según la autora, se puso en marcha desde el Consejo Superior del Partido Peronista Femenino y se apoyó, en un primer momento, sobre la red de delegadas —autoridad máxima en cada provincia o territorios nacionales— y subdelegadas —dirigentes de unidades básicas barriales o rurales— censistas. Y, en una segunda instancia, cuando Perón expresó su imposibilidad de “estar en todas las misas”, se incluyó a las otras mujeres de las unidades básicas. Las directivas que estas recibieron podían implicar acciones abiertas —como acallar los ataques y predicas contra el peronismo— y encubiertas —como informar sobre los sermones pronunciados desde los púlpitos, sobre las charlas de agrupaciones religiosas e incluso la utilización del confesionario para probar lealtades—. Asimismo, la autora subraya que, a muchas mujeres, estas prácticas las pusieron en contradicción con sus propias creencias. De este modo, Barry identifica un rol desconocido que desempeñaron las mujeres peronistas, que se aleja del papel tradicional que les asignaba el propio movimiento.

El segundo volumen de *La Nueva Historia de las Mujeres en Argentina*, además de expresar la consolidación de un campo de estudio disciplinar, propone revisar acuerdos e invita a realizar nuevas preguntas y diversificar las perspectivas de análisis. Esto último ocurre fundamentalmente a partir del establecimiento de nexos entre la historia social del trabajo con otras miradas teóricas y desde la construcción narrativa de historias que recuperan una trayectoria singular y representativa y nos empujan a sumergirnos en mundos pretéritos y a comprender las experiencias de vida de las mujeres en su complejidad y contemporaneidad. Entre sus principales contribuciones, destaca el trabajo de las autoras e investigadoras sobre las diferentes fuentes que utilizaron para no reproducir la violencia de los archivos, violencias que suelen implicar la negación de la voz de las mujeres, el uso de estereotipos propios del contexto de producción, la reducción al anonimato, las exclusiones y jerarquizaciones. Además, resalta el entrelazamiento entre texto e imagen, que nos permite imaginar los movimientos, los gestos, las expresiones, los atuendos, los sentimientos de las mujeres argentinas a lo largo del período.